

# **Perú y Chile: la oportunidad de un desarrollo asociado**

---

*Gonzalo Falabella / Patricio Velasco*

---



LAS RELACIONES ENTRE NUESTROS PAÍSES tienen un sentido especial para los autores de este artículo. Vivimos en Lima. Recorriendo el país pudimos apreciar la generosidad y amistad del pueblo y la de nuestros colegas peruanos en **desco** y la Universidad Católica del Perú. Además, nuestro/as hijo/as tienen ambas nacionalidades y sentimos anhelos compartidos y voluntad de verlos realizados.

## **Lo que nos une y nos separa**

Durante los últimos meses, las relaciones bilaterales entre Chile y el Perú han sufrido sobresaltos motivados por la reciente demanda interpuesta por el Gobierno peruano en la Corte Internacional de Justicia, por el anunciado programa de renovación de material bélico de Chile, por declaraciones de diferentes autoridades de ambos países, entre otros.

Si bien, la solicitud por parte del Perú por una nueva delimitación marítima con Chile es probablemente lo que ha tenido mayor notoriedad y cobertura periodística en el último tiempo, es posible suponer que en la medida que transcurran los meses, este tema irá paulatinamente desapareciendo de la agenda noticiosa, más aún, cuando se espera que la labor de la Corte Internacional tarde varios años antes que se dicte el fallo definitivo.

No obstante, estos hechos nos recuerdan que las relaciones entre Chile y el Perú han representado una constante preocupación para sectores de la población de ambos países, quienes han visto con inquietud cuán vulnerables pueden llegar a ser estas relaciones, en ocasiones, cuando irrumpen con fuerza hechos que dominan una agenda bilateral que de verdad no es tributaria de la amplia y rica historia que también nos es común. La derrota del Reino Español en Ayacucho; los sueños comunes que trazaron los dirigentes del Gobierno del Frente Popular en Chile a fines de los años treinta y Haya de la Torre, y la acogida de los dirigentes de su partido frente a la persecución de las dictaduras de Sánchez Cerro y de Odría, principalmente; la cercanía lograda en los años 70 entre el Presidente Allende y el Gobierno del General Velasco, así como con el General Torres en Bolivia en el siglo reciente. Todo ello atestigua esta historia común. Cabe mencionar incluso la afinidad entre el gobierno del Presidente García y la Presidenta Bachelet, más allá del pleito heredado por el anterior gobierno peruano y la cercanía inicial de aquel con el gobierno del Presidente Lagos.

Es evidente que la pérdida de Atacama es gravitante para el Perú en su conjunto y constituye todavía —y seguirá constituyendo— el centro de su mirada, pero sólo en la medida en que no tengamos una visión común de un porvenir que nos una y llegue a representar, para ambas sociedades, más que el pasado. Sin embargo, en el mundo en el cual nos movemos hoy, nuestros gobiernos están convencidos que es necesario integrarse y lograr, con sus vecinos en particular, una visión compartida de futuro.

Desde luego la Guerra de 1879 fue traumática para el Perú y sus secuelas se viven aún hoy como herida mal cicatrizada que vuelve a aparecer una y otra vez. ¿Qué ha pasado, qué hemos hecho o, más bien, qué hemos dejado de hacer, las tantas generaciones desde entonces? No hemos logrado avanzar más allá de

esa página de la historia desde la cual nos miramos con recelo. ¿Será acaso que la derrota tuvo tal fuerza moral devastadora para el Perú como dolor profundo, difícilmente admitido?, ¿será acaso la arrogancia del Chile vencedor del siglo XIX que aún hoy no es capaz de sacudirse de una arraigada carga de insensibilidad y actuar en consecuencia? En verdad es tarea difícil situarse en la emoción y anhelos del otro. No lo hemos hecho como sociedades ni como Estados, dando paso por nuestra ausencia a expresiones que nos ensombrecen y nos distancian.

Sin duda que hay un largo camino por recorrer para ir más allá de ese pesado legado y avanzar hacia un camino de futuro que signifique para nuestros países un reencuentro genuino y fecundo. Este no se logrará, desde luego, por la vía de la confrontación que sólo puede llegar a aportar, en el mejor de los casos, el argumento de una fuerza disuasiva de la cual nos queremos librar para avanzar por el camino de la confianza, la conveniencia mutua y la razón. Hoy día hay un sentimiento dominado por una sensación de desequilibrio de fuerzas entre Chile y el Perú, una suerte de asimetría que sirve de base de una renovada desconfianza. ¿Desde dónde se construye en el imaginario colectivo esos sentimientos de desequilibrio? Es frecuente escuchar en el Perú, que Chile con su avasalladora inversión está «comprando» el país, lo que se percibe con mayor inquietud cuando se trata de empresas «emblemáticas» como si ello pusiera en riesgo la identidad peruana, como si las empresas peruanas vendidas a capital chileno fuesen las depositarias de su formidable diversidad, riqueza e historia como nación.

Si la inversión chilena supera ampliamente en monto a la inversión peruana en territorio chileno, no es más que la expresión de la revolución de mercado que más tempranamente se impuso en Chile, pero que en la última década, ha tomado un dinamismo sin precedentes en el Perú.

Vistas así las cosas, este desbalance debiera entenderse más como la expresión del grado de desarrollo de la economía de mercado, donde la inversión en el extranjero responde a planes de expansión de las empresas chilenas –no solo en Perú sino en América del Sur más en general– que buscan ampliar el pequeño mercado local chileno, en la más estricta lógica de la economía de mercado hoy dominante. Y como toda primera incursión, esto ocurre hacia aquellos países más cercanos. Argentina es el principal destino de la inversión extranjera chilena, sin que allí tenga la misma resonancia que en el Perú. La inversión extranjera es portadora de beneficios, siempre y cuando exista un marco regulatorio adecuado a los intereses del país receptor. La industria vitivinícola chilena no hubiese tenido el desarrollo actual sin la inversión del español Miguel Torres, quién produjo una verdadera revolución en el sector en la década de los ochenta, por las nuevas tecnologías y nuevas formas de producción que introdujo, las cuales fueron rápidamente absorbidas e imitadas por productores locales, hoy presentes en amplios mercados externos. La dinámica industria del salmón en Chile, contó con el aporte de especialistas japoneses y noruegos que acompañaron los primeros pasos y permitieron, en unas pocas décadas, que este sector se proyecte y sea hoy el segundo productor a nivel mundial. Estos son sólo algunos ejemplos que permiten comprender cómo la actual fisonomía económica y productiva de Chile, no sería la misma sin la apertura a la inversión extranjera. En este sentido, es importante observar que además de la inversión chilena más vistosa por su tamaño, connotación y sectores a los cuales ha estado dirigido, como es el caso de los fondos previsionales, retail y supermercados, entre otros, existen otros sectores en los cuales está presente, como es el caso del área agroindustrial que se desarrolla especialmente en los valles de la costa peruana, donde se ha realizado una inversión que ha sido portadora no

sólo de tecnología, sino que especialmente, de *know how* asociado, que permite a ese sector de la economía peruana ser uno de los pilares en su estrategia de desarrollo actual.

El dinamismo de Perú, hoy, incluso bajo crisis económica mundial y de Chile durante los últimos años, se explica entonces por la revolución de los mercados en ambos países. Pero éste solo pudo expresarse plenamente después que ambos realizaron revoluciones nacionales básicas, al tomar control nacional y campesino de sus riquezas naturales y de sus latifundios, liberando tierra, sociedad y política bajo los Gobiernos de Frei, Allende y Velasco Alvarado —al modo como en su momento hicieron EE.UU., Francia y otros países desarrollados— para destrabar su propio desarrollo, camino en el cual hoy avanza nuevamente Bolivia.

Otra manifestación de asimetría entre ambos países se refiere a los procesos migratorios de peruanos a Chile, lo que ha tomado un ritmo mayor durante los últimos años. Sin embargo, este proceso no ha estado exento de dificultades por la incapacidad de parte de la población chilena de incorporar la diversidad en la convivencia social, la que en ocasiones se ha expresado con toda su carga de xenofobia. No obstante, cabe admitir que las políticas públicas impulsadas durante los últimos años, han tenido el mérito de separar aguas entre la incorporación de ciudadanos peruanos a la vida nacional, con respecto a la relación política entre ambas naciones, marcada por constantes desencuentros. Prueba de lo anterior es la regularización de los indocumentados, quienes han podido gracias a ello proyectarse en sus actividades, logrando una menor vulnerabilidad y el beneficio que el sistema de protección social vigente otorga a todos. La numerosa migración peruana en Chile es, en general, vista positivamente por los empresarios, el gobierno, sus adherentes y parte importante de la oposición de derecha, por los aportes que han realizado al país en varios términos: la cultura portadora, donde el desarrollo gastronómico del

que nos hemos beneficiado es un ejemplo, pero también y sobre todo, porque se le identifica como un pueblo laborioso dispuesto a integrarse a la convivencia nacional.

## **Lo que nos proyecta**

Mirando las cosas con la distancia que nos da la lectura histórica y el sentimiento de hermandad que nos orienta a escribir este artículo, estamos convencidos que los factores que unen a Chile y Perú son de lejos, mucho mayores y más sólidos que aquellos que nos distancian. Nos proyecta un futuro posible en el cual el eje común de la Cuenca del Pacífico podría ser la clave para nuestro desarrollo económico futuro donde, por lo demás, pareciera centrarse el desarrollo mundial en las próximas décadas. En esa perspectiva, los corredores oceánicos serán un factor determinante en el desarrollo Asia-Pacífico que no podemos soslayar. Ello implica sentarnos y tomar acuerdos conjuntos de desarrollo, integración y proyección Asia-Pacífico, entre las regiones del norte de Chile, el sur del Perú, Bolivia y las provincias del norte de Argentina. Sobre esa base, también con Paraguay y Brasil.

La lección de los países europeos que fueron capaces de superar los mayores conflictos de la historia de la humanidad y tener la voluntad política de avanzar en su integración, dio origen a la Unión Europea. A pesar que ha tardado años en materializarse, puede ser de mucha utilidad para nuestros países, si acaso somos capaces de observar que las oportunidades que se nos presentan, requieren que lo hagamos en conjunto para ser eficaces. La guerra civil de integración de los EE.UU. en el siglo XIX es otro ejemplo, así como la historia de construcción y unidad de China por más de 5000 años.

¿Sobre qué bases podremos actuar? Los abundantes recursos naturales de que dispone el Perú, también Bolivia y en menor medida Chile, debieran ser la base de proyectos nacionales de



desarrollo, por ejemplo, en los sectores agroindustrial, minero y energético. Allí el Perú tiene un papel destacado que jugar, y en un futuro cercano, también en áreas como el turismo y la conservación patrimonial en las cuales tiene trayectoria.

Considerando que nuestros países se caracterizan por disponer de amplias zonas del territorio nacional con muy baja densidad poblacional o incluso despoblados, con abundancia de recursos naturales, incluidos los recursos hídricos; y por el interés de los países desarrollados en ambos, ante lo cual Argentina ha legislado en forma preventiva recientemente, la seguridad geopolítica es otro tema no menor que nos debiera convocar.

### **¿Qué estrategia seguir?**

En las relaciones bilaterales entre Chile y Perú han jugado un papel preponderante, hasta ahora, ambos gobiernos a través de sus respectivas cancillerías; pero también ha sido determinante el rol de los medios de comunicación, las organizaciones empresariales y los respectivos sectores de defensa. Las sociedades civiles de ambas naciones, en cambio, han estado prácticamente ausentes del debate y no han logrado hacer un aporte significativo en la discusión y en las relaciones políticas entre ambos países, a través de la construcción de lazos de largo alcance. La existencia de un conjunto amplio de instituciones de la sociedad civil tanto de Chile como del Perú, provenientes del ámbito académico, de desarrollo social, de la cultura y las artes, las Universidades y las ONG, entre otras, constituye un espacio privilegiado sobre el cual es posible diseñar y proyectar una estrategia civil sobre la base de una diplomacia ciudadana, que permita establecer diálogos y proyectos de cooperación bilateral que nos ayuden a alcanzar una visión compartida sobre aquello que nos une, nos separa y nos proyecta como naciones hermanas.

La reciente devolución a Perú de miles de libros saqueados por Chile durante la Guerra del Pacífico y los Jardines Infantiles «Sin Frontera» entre Chile y Bolivia, en ejecución actualmente, son ejemplos impulsados por intelectuales y ONG, en los cuales nuestros gobiernos han escuchado y se han comprometido, y que demuestran que nuestros talentos unidos a la decisión política, pueden remover montañas.